

En su interesante libro sobre semiótica interpretativa¹ (y al calificarlo de esta manera no intento simplemente utilizar un recurso propio de las reseñas bibliográficas, sino marcar sinceramente el gran interés que esta obra produjo en mí desde que hace cinco años traduje uno de sus capítulos; vuelvo a ella una y otra vez, y lo seguiré haciendo, estoy segura), Françoise Rastier señala que, para comprender un texto, el conocimiento del sistema funcional de la lengua no basta: hay que conocer todo tipo de códigos. Pero, ¡cuidado! Greimas reprochó —entre muchas otras cosas— a Roland Barthes por su estudio en S-Z.²

Esa afirmación de Rastier se me vino a la memoria —esa y muchas más— cuando regresaba de Bilbao a Pamplona, después de asistir a las VI *Jornadas Internacionales de Semiótica*, organizadas por la Asociación Vasca de Semiótica. Tres días maratónicos en que los trabajos se desarrollarían de 9 de la mañana a 9 de la noche: diez conferencias de una hora cada una, treinta comunicaciones de media hora por cabeza, dos presentaciones de revistas, seis cafecitos, tres vinos de honor, una cena opcional,

una lectura de poemas, y un paseo dominical por la costa del Cantábrico, para quienes aguantasen todo el programa. No quiero decir que fuese algo pesado, sino más bien demasiado variado; en torno al *paisaje* se iba desde el arte visual, pasando por la pintura, hasta la literatura; a lo largo de todas las sesiones aparecían salpicando ponencias sobre cine —ciencia ficción, Hitchcock, Renais, Win Wender—; había una sobre radio y otra sobre los *reality shows* televisivos; en literatura, no sólo española y francesa sino que también figuraba Shakespeare, como igualmente lo hacía Walter Benjamin; todo entreverado con reflexiones sobre los conceptos de narración, descripción, lugar, paisaje y veridicción.

Si bien varias exposiciones empleaban medios visuales —ya sea para mostrar aquello de lo que se estaba hablando, como para apoyarse en esquemas o diagramas— lo cierto es que como es lo usual en este tipo de encuentros, la dominante era la palabra hablada, hablando sobre el paisaje...

Debido a lo diverso del programa me limito aquí a sólo dos conferencias: una de Claude Zilberberg, aunque el título de su exposición no me decía nada —*Desde el jardín hasta la concha*.

Los opuestos

José María Nadal, la figura más representativa de la AVS allí (y haciéndose cargo de todo), introdujo elogiosamente a Zilberberg, como uno de los más brillantes seguidores de Greimas, según el propio maestro. Al terminar

¹ F. Rastier, *Semántique interprétative*, Collection Formes Sémiotiques, Presses Universitaires de France, Paris, 1987.

² Dice Greimas, no sin cierta ironía: "ciertos semióticos llegan a reunir, bajo la denominación de código, un número indefinido de unidades que guardan entre sí una relación muy tenue en la asociación, sin recurrir para nada a una organización lógico taxonómica subyacente" (Greimas y Courtés, 1982: 57-58).

la siguiente conferencia, Nadal tomó la palabra y dijo que las encontraba totalmente opuestas: por un lado, la de Zilberberg había elegido una sola carta de la *Nueva Eloísa* de Rousseau, y con ello elaboraba un excelente trabajo de extraordinaria profundidad metodológica; por el otro, la exposición de la profesora Lily Litvak —que con el marco de referencia del espacio y del tiempo hacía un riquísimo recorrido con ejemplos del paisaje español entre 1849 y 1930 en pintura y literatura: ésta carecía, según Nadal, de metodología. Litvak sonrió y repuso que, en primer lugar, ella no se dedicaba a la semiótica —como él bien sabía cuando la invitó— y que, en segundo lugar, su trabajo no pecaba de total ausencia de metodología: si bien no lo mostraba —como en el caso de Zilberberg—, sí que había un método.

Inmediatamente, María del Pilar, una profesora de la Universidad de la Rioja con la que hice amistad, que enseña literatura pero no semiótica, me preguntó qué opinaba yo. Le dije lo que después le diría a la propia Litvak: que a mí el trabajo de Lily me había gustado, que de ninguna manera se podía afirmar que no hubiese metodología y que, en última instancia, ojalá una semiotista tomara después una mínima parte de dicho estudio para hacer un análisis detallado como el de Zilberberg, puesto que la investigación macro ya estaba hecha: y eso era lo que le había faltado a Zilberberg: si no hacerla, conocerla al menos.

¿Todo está en el texto?

No hay que olvidar —como recomienda Rastier (1988:132)— que todo texto,

todo enunciado contiene una parte de implícito, en el sentido de que ninguno encierra todo lo que necesita para su comprensión. Esto quiere decir, pues, que para comprender un texto el sistema funcional de la lengua no basta, por lo que hay que conocer todo tipo de código. Así, Zilberberg, al hablar del jardín francés y del inglés, pero sin conocer —por ejemplo— el jardín árabe (¡sin haberlo considerado en su investigación! Porque, ¿es posible que un parisino no haya bajado a Andalucía o cuando menos haya visto postales del Generalife?), cometía una gran falta: dicho desconocimiento perjudicaba sus resultados.³

Por otra parte, Lily Litvak no mostraba gráficas ni cuadrados semióticos, sino sólo las transparencias en las que aparecían los paisajes de la pintura española donde ella la señalaba, remitiendo a la obra literaria los reflejos del cielo sobre el mar, la cumbre de las montañas, la estaticidad o la dinamicidad aparentes, el humo, las nubes, etc., todo lo cual servía para ilustrar su interesante y —¿por qué no decirlo, si allí mismo fue reconocido?— bella exposición.

Meros paseos culturales

Rastier ha prevenido sobre el uso del entorno pragmático para no dejarse

³ Mientras que las líneas curvas del jardín francés las asociaba con la serenidad y la lentitud, a las rectas del inglés correspondía la rapidez y la atención. Pero, Jorge Urrutia, entre otros, objetó: ¿qué pasa entonces con el jardín árabe?, ¿no es acaso un ejemplo —y muy antiguo, casi diez siglos anterior a los otros mencionados— de la tranquilidad, con un diseño basado en líneas rectas?

caer en pseudo explicaciones de los textos que terminaron siendo meros paseos culturales. Si se trata de un texto literario, la extensión del corpus puede abarcar el conjunto de la obra del mismo autor, en algunos casos. Otro consejo es no olvidar que el carácter autobiográfico de un texto es una convención literaria —entre otras— de la misma manera que el realismo es un proceso de ficción.

Aplicar entonces el modelo no basta. Si bien la enseñanza de un modelo de análisis le da a los estudiantes herramientas para acercarse a un texto, un estudioso no puede librarse de conocer las teorías propias del campo científico al que pertenece el texto, si es del ámbito de las ciencias sociales, ya sea etnología, historia o la que se quiera. Entonces, ¿aún el semiotista debe ser un erudito en la materia del texto que analiza? Claro

que sí: el estudio de ese texto lo obliga a conocer lo que se ha dicho antes sobre dicho texto; y, si no se ha dicho nada, entonces lo que este semiotista diga no debe quedarse en un brillante ejercicio de aplicación del modelo sino que debe ir más lejos: ¿qué sentido tiene el texto?, ¿dónde se ubica entre los demás textos de su época que aborda el mismo tema?

Esto último no es de Rastier sino de Georges Steiner: la cuestión es responder si realmente *vale la pena* estudiar un texto X y por qué. Pues igualmente podría no estudiarse y dejarse leer nada más: *leer* en el sentido común y corriente y no en el que se refiere a lo que es propio del estudioso: actualizar los contenidos del texto, buscar lo que está implícito.

Angélica Prieto Inzunza